

CAPITULO XIII.
SITUACION MATERIAL Y POLITICA
DE ESPAÑA

DESDE LA UNION DE ARAGON Y CATALUÑA
HASTA EL REINADO DE SAN FERNANDO.

De 1137 á 1217.

I. Juicio critico sobre los sucesos de este periodo.—Consecuencias y males de haberse segregado Navarra de Aragon.—Reflexiones sobre la emancipacion de Portugal.—Comparaciones entre los reinados de Alfonso VI. y Alfonso VII.—Entre los Alfonsos VII. y VIII. de Castilla.—Juicio de Fernando II. de Leon.—Id. de Alfonso el Noble.—Sobre la batalla de las Navas. II.—Reseña critica de los reinados de Ramon Berenguer IV., Alfonso II. y Pedro II. de Aragon.—Paralelo entre doña Petronila de Aragon y doña Berenguela de Castilla. III.—Ordenes militares de caballeria.—Templarios y hospitalarios de San Juan de Jerusalem, en Cataluña, Aragon, Castilla, Leon, Portugal y Navarra.—Ordenes militares españolas: Santiago, Calatrava, Alcántara: su instituto, su carácter, sus progresos, sus servicios.—Influencia de la autoridad pontificia en España: su intervencion en los matrimonios de los reyes: censuras eclesiásticas. IV.—Progresos de la legislacion en Castilla.—Fueros: el de Nájera: Fuero de los Hijosdalgo: el de Cuenca: los de señorios.—Córtes: las que se celebraron en este tiempo: cuando comenzó á concurrir á ellas el estado llano. V.—Legislacion de Aragon.—Reforma que sufrió en tiempo de don Pedro II.: documento notable.—Ricos-hombres, caballeros, estado llano.—El Justicia.—Sobre el juramento de los reyes.—Comparacion entre Aragon y Castilla. VI.—Estado de la literatura.—Historias.—Otras ciencias.—Primera universidad.—Nacimiento de la poesia castellana.—Poema del Cid.—Gonzalo de Berceo.—Cómo se fué formando el habla castellana.—Primeros documentos públicos en romance.—Causas que produjeron el cambio de idioma.

I.—Parece un drama interminable el de la unidad española. La reconquista, aunque lenta y laboriosa,

avanza sin embargo mas que la union. No se cansan los españoles de pelear contra los enemigos de su libertad y de su fé; se cansan pronto de mirarse como hermanos. No los fatiga una guerra perpétua; los fatiga subordinarse entre sí. El genio altivo, independiente y un tanto soberbio heredado de sus mayores, los hace infatigables para la resistencia á las agresiones y dominaciones estrañas, los hace indóciles, sordos á la conveniencia de la disciplina, de la concordia y de la fraternidad. Por eso los ilustres príncipes que al cabo de siglos lograron hacer de tantos pueblos españoles un solo pueblo español, gozarán de eterna fama y renombre, y antes faltará la España que falten alabanzas á los autores de tan grande obra.

Cuando nos congratulábamos por el feliz acontecimiento de la union de Aragon con Cataluña, paso importante dado hácia la unidad y en que mostraron aragoneses y catalanes una cordura que encomiaremos siempre, nos apenaba ver emanciparse de nuevo la Navarra y desmembrársenos el Portugal, dos manzanas nuevamente arrojadas en el campo de las rivalidades y de las discordias, y dos nuevos embarazos para la grande obra de la nacionalidad. No negamos á Navarra el derecho que tenia á darse un rey propio; que reyes propios y muy ilustres habia tenido, y fué uno de los países en que se enarboló primero y con mas arrogancia la bandera de independencia en dias de tribulacion. Tampoco negaremos al animoso

García Ramirez la justicia con que se le aplicó el título de Restaurador de aquel reino, ni el valor y la intrepidez con que supo sostenerle contra tantos y tan rudos combates como sufriera. Glorias son estas locales y personales, en que Navarra ganaba y España perdía. Una cosa dictaba el derecho, y otra reclamaba la conveniencia general. Precisamente se segregó de la corona aragonesa aquel reino á quien tanto debió en los primeros siglos la causa de la independencia y del cristianismo, cuando parecia haber concluido su mision, cuando ya no tenia fronteras musulmanas que combatir, y solo sirvió la emancipacion de Navarra bajo los reinados de García y de los dos Sanchos sus sucesores, para embarazar la marcha del imperio que en Castilla acababa de formarse, para escitar la codicia de castellanos y aragoneses, para mútuas invasiones y usurpaciones, para guerras interminables entre príncipes vecinos, para tratados escandalosos de partition, para pleitos y litigios entre monarcas españoles que se sometian á la sentencia arbitral de un monarca extranjero, para gastar en querellas de ambicion las fuerzas que unos y otros hubieran debido emplear contra el común enemigo, para que los Almorávides se fueran posesionando de las bellas provincias del Mediodía, mientras los reyes de Castilla, Aragon y Navarra se disputaban entre sí unos pedazos de territorio.

Mas de siete siglos han trascurrido, y todavía no

podemos dejar de lamentar la segregacion de Portugal de la corona leonesa. La ambicion y el espíritu de localidad separaron é hicieron enemigos á dos pueblo que la geografia habia unido y la historia habia hecho hermanos. Alfonso Enriquez á falta de derechos para formar un reino independiente de lo que era un distrito de la monarquía leonesa-castellana, tuvo en su favor un elemento que suele ser mas poderoso que el derecho mismo, el espíritu de independencia del pueblo portugués; y prosiguiendo con teson, con energía y con intrepidez la obra comenzada por sus padres, el hijo de un conde extranjero y de una princesa bastarda de Castilla fué subiendo paso á paso de conde dependiente á conde soberano, de conde soberano á rey feudatario, y de rey feudatario á monarca independiente, de hecho por lo menos, y tolerado despues y consentido, ya que autorizado no, por el monarca de Castilla. Aunque no podemos nunca reconocer ni en el hijo de Enrique de Borgoña ni en los portugueses el derecho á la emancipacion, confesamos que Alfonso Enriquez merecia por sus altas prendas ser el primer rey de Portugal, y que los hidalgos y guerreros portugueses se condujeron en su guerra de independencia con el denuedo y constancia de un pueblo que merecia ser libre. Era su príncipe el mas á propósito para hacerles olvidar con su patriotismo el origen extranjero de su padre, para borrar con sus ilustres hazañas la memoria de las flaque-

zas y debilidades de su madre: y los portugueses acreditaron en Ourique y en Valdevez que eran los descendientes de los antiguos lusitanos, los hijos de Viriato, triunfadores en Tribola y en Erisana. ¡Lástima grande que no hubieran atendido á que ni los castellanos eran romanos, ni Alfonso VII. era un Vetilio ni un Fabio Serviliano! ¡Lástima que no miráran que los primeros eran hermanos suyos, y que los dos príncipes eran nietos de un mismo monarca de Castilla! Si en la mitad del siglo XIX. lamentamos todavía la segregacion de los dos pueblos hecha en la mitad del siglo XII., no nos abandona la esperanza y aun tenemos fé de que un día conocerán ambos que Dios y la naturaleza, el comun origen y el comun idioma, los mares y los montes, colocaron á España y Portugal apartados del resto del mundo, y no establecieron entre ellos fronteras, y los hicieron para que formáran un solo pueblo de hermanos, un vasto y poderoso reino, una sola familia y sociedad.

Si Alfonso Enriquez merecia ser el primer rey de Portugal, Alfonso VII. de Castilla merecia ser el primer emperador de España. Tambien éste, como aquél, hizo olvidar con su grandeza el origen estrangero de su padre, las debilidades y flaquezas de su madre. Heredero de las altas prendas de su abuelo como de su trono, viéronse los dos en casi iguales circunstancias para que fuera casi igual su gloria. En el reinado de Alfonso VI. invaden la España los Almoravides y

arrojan de ella á los Beni-Omeyas: en el de Alfonso VII. la invaden los Almohades, y lanzan de ella á los Almoravides. Las razas africanas se renuevan y reemplazan en el territorio de la península. Abdelmumen envia sus hordas á desembarcar donde setenta años antes habian desembarcado las de Yussuf, y los sectarios de el Mahedi siguen el mismo itinerario que los Morabitas de Lamtuna. Unos y otros han sido llamados á España por los ismaelitas de Mediodía y Occidente. Por dos veces las tribus del desierto han sido invocadas por los degenerados hijos del Profeta sus antiguos dominadores, ambas para libertarse de las terribles lanzas de los Alfonsos de Castilla, de Aragon y de Portugal. El último representante del imperio de los Beni-Omeyas, Ebn-Abed de Sevilla, apeló para defenderse de los Almoravides al auxilio del rey cristiano Alfonso VI de Castilla: el último caudillo de los Almoravides, Aben-Gania de Córdoba, buscó la proteccion de Alfonso VII. de Castilla contra los Almohades. Ambos Alfonsos, el abuelo y el nieto, tuvieron la generosidad de tender una mano protectora á sus suplicantes enemigos y de pelear por ellos. Uno y otro tuvieron que combatir contra los nuevos dominadores. Si Alfonso VII. no excedió á su ilustre abuelo en gloria, le aventajó por lo menos en fortuna. Aquel sufrió una terrible derrota de los Almoravides en Zalaca y perdió su hijo Sancho en Uclés; este triunfó de los Almohades en Aurelia, en Coria, en Mora, en Baeza y en

Almería, y tuvo la satisfacción de que sus hijos Sancho y Fernando presenciáran su última victoria y le sobrevivieran. Hasta en el morir fué afortunado el emperador, puesto que no medió tiempo entre los plácemes de los soldados victoriosos y los postreros sacramentos de la iglesia, entre los aplausos estrépitosos del triunfo y el reposo inalterable de la tumba.

Otra vez, á la muerte de Alfonso VII., se dividen Castilla y Leon entre los hijos de un mismo padre: por tercera vez el mismo error, y por tercera vez las propias consecuencias: retroceso en la marcha hácia la unidad, discordias y disturbios entre Leon y Castilla, enflaquecimiento y decadencia en la monarquía madre. Al brevísimo reinado de Sancho III. de Castilla sucede la minoría turbulenta y aciaga de su hijo Alfonso VIII. Dos familias poderosas y rivales, los Larras y los Castros, enemigos ya desde el tiempo de doña Urraca, se disputan la tutela del rey niño, y la guerra civil arde en Castilla, y sus ricos y feraces campos se ven teñidos de sangre por la ambición de unos magnates igualmente ambiciosos é igualmente soberbios. Prisionero mas que pupilo el niño Alfonso, prenda disputada por todos y arrancada de unas á otras manos, objeto inocente de pactos que no se cumplan, paseado de pueblo en pueblo y de fortaleza en fortaleza, sacado furtivamente de Soria é introducido por sorpresa en Toledo, los azares de la infancia de Alfonso VIII. venian á ser un trasunto de los que en

su niñez habia corrido su abuelo Alfonso VII., en Galicia con los condes de Trava éste, en Castilla con los condes de Lara aquel. Es mas. A la muerte de Alfonso VIII. de Castilla se reproducen las propias escenas con su hijo Enrique I.; otro príncipe de menor edad, otro pupilo bajo el poder de tutores ambiciosos, otro prófugo sin voluntad, errante de pueblo en pueblo y de castillo en castillo en brazos de magnates tiránicos y turbulentos. Permítasenos observar lo que no vemos haya reparado escritor alguno. A la muerte de tres grandes monarcas castellanos, Alfonso VI., Alfonso VII. y Alfonso VIII., y con intervalo de un solo reinado en cada uno, Castilla se encuentra en circunstancias análogas, con tres príncipes niños, juguetes todos tres de tutores y magnates codiciosos, y Castilla despues de tres reinados gloriosos y grandes sufre tres minoridades procelosas. Véase si dijimos bien en otro lugar que parecia estar destinada esta monarquía á alternar entre un reinado próspero y feliz y otro de agitaciones y de revueltas, para que fuese obra laboriosa y de siglos la regeneracion y la reconquista.

Hemos visto en historiadores y crónicas castellanas afear mucho la conducta de Fernando II. de Leon en el hecho de pretender la tutela de su tierno sobrino Alfonso VII. de Castilla, y en haberse apoderado de muchas plazas y ciudades. No le defendemos en esto último, porque no reconocemos derecho en ningun monarca para usurpar territorios de

otro estado. ¿Pero merece la misma censura por lo primero? Aparte de alguna ambicion que pudiera acaso mezclarse en ello, ¿podia Fernando II. ver con impasible indiferencia á un príncipe, tan inmediato pariente y vecino, bajo la tutela y opresion de dos familias enemigas y de dos implacables bandos que perturbaban y ensangrentaban el reino? ¿Es extraño que reclamára el derecho moral que la edad y el deudo le daban para arrancar á su sobrino del poder de los Larás, y convidado por la parcialidad opuesta arrogarse la tutoría y direccion del rey menor? Sin embargo, los altivos castellanos no sufrían que viniese nadie de fuera alegando derechos que no podían reconocer, y rechazaron su intervencion. Por lo demas Fernando II. era un príncipe generoso y noble, y bien lo demostró en su caballeroso y galante comportamiento con Alfonso de Portugal en Badajoz y en Santarén. En la primera de estas ciudades tiene apisionado un rey enemigo, inquietador de sus estados y usurpador de sus dominios; tiene en su poder al que lleva una corona fabricada de un fragmento violentamente arrancado de la corona leonesa; y sin embargo se contenta el vencedor con que le restituya el vencido sus mas recientes usurpaciones y le deja ir libre á gozar tranquilo de su reino. Esta accion generosa del monarca leonés, y el tácito reconocimiento de la independenciam de Portugal que envolvia, debió dar mas fuerza al derecho de emancipacion de la monar-

quía portuguesa que los breves de los papas Eugenio y Alejandro Terceros. En la segunda de aquellas ciudades socorre sin escitacion y contra sus propias esperanzas al portugués, y despues de haber tenido la gloria de ver perecer al emperador de los Almohades Yussuf Aben Yacub, regresa con la satisfaccion de haber asegurado al de Portugal su ciudad de Santarén. Con razon se ensalza la nobleza de este Fernando II. de Leon.

Bajo este príncipe se sobrepone Leon á Castilla en influjo y en estension. Pero la monarquía castellana comienza á reponerse y á recobrar su lugar desde que Alfonso VIII. entra en mayoría y empuña con mano propia las riendas del gobierno. Grande, elevado, altivo en sus pensamientos el octavo Alfonso, aunque algo desabrido y áspero para con los demas príncipes, por lo menos en la primera época de su reinado, se enagena las voluntades de los monarcas cristianos, que si no se ligan abiertamente contra él, por lo menos se desvian de él y se confederan sin él. Lejos de acobardar á Alfonso el aislamiento ó desdeñoso ú hostil en que le dejan los príncipes cristianos, sube de punto su altivez y cree que basta él solo para retar al príncipe de los infieles, y dirige un cartel de desafio al poderoso emperador de los Almohades. Estos arranques de arrogancia española halagan el orgullo del que los ostenta y seducen al pronto al que los oye ó lee: pero suelen pagarse caros; y esto aconteció á Al-

fonso sufriendo en Alarcos la espriacion terrible de su loca temeridad. Vióse allí humillado el retador arrogante, y abandonado y solo el que no habia reparado en malquistarse con los demas príncipes. La derrota de los cristianos en Alarcos designa el apogeo del poder de los Almohades en España, como la derrota de Zalaca habia señalado el punto culminante del poder de los Almoravides. Pero si el ánimo levantado de Alfonso VI no se dejó abatir por el desastre de Zalaca, tampoco el animoso espíritu del octavo Alfonso se desalentó con la catástrofe de Alarcos. Por fortuna tambien ahora como entonces el emperador de los fieles tuvo que volver á sus tierras de Africa, y Castilla y su soberano respiraron y se repusieron.

En el último período de su reinado manéjase Alfonso VIII. muy de otra suerte con los monarcas españoles sus vecinos; y el que en los postreros años del siglo XII. tenia contra sí todos los soberanos de la España cristiana, se encuentra á los principios del siglo XIII. amigo y aliado de los de Navarra y Aragon, y suegro de los príncipes de Francia, de Leon y de Portugal. Entonces levanta de nuevo su pensamiento siempre elevado, y se prepara á ejecutar un designio que debió asombrar por lo grandioso. Del centro de Castilla salió una voz que logró conmover toda la cristiandad, y se atrevió á decir á la iglesia y á los imperios que habia una Tierra Santa que no era la Palestina, y que merecia bien los honores de una ge-

neral cruzada, á que no estaria mal concurrieran los príncipes y guerreros de las naciones en que se adoraba al verdadero Dios.

La vigorosa escitacion del monarca castellano encontró eco en el pastor general de los fieles, y nunca la voz del gefe visible de la iglesia resonó mas á tiempo por el orbe cristiano, ni jamás pontífice alguno despertó mas á sazón el entusiasmo religioso de los verdaderos creyentes que cuando el papa Inocencio III. ofreció derramar el tesoro de las indulgencias sobre los que acudieran á la guerra santa de España. Decimos que nunca mas oportunamente, porque si no es cierto que el gran emperador de los Almohades dijo á sus emisarios aquellas célebres palabras: «Id á anunciar al gran Muphti de Roma que he resuelto plantar el estandarte del Profeta sobre la cúpula de San Pedro, y á hacer de su pórtico establo para mis caballos:» si no es verdad que tal dijese, pudo por lo menos haberlo cumplido; porque ¿quién era capaz de detener el torrente de los seiscientos mil soldados de Mahoma acaudillados por el Atila del Mediodía, si aqui hubieran logrado vencer á los monarcas y á los ejércitos españoles?

Vistoso, grande, sublime y tierno espectáculo seria el de las banderas de los cruzados de Francia, Italia y Alemania concurriéndo á Toledo á incorporarse y someterse al pendon de Castilla. Pero estaba decretado para gloria eterna de España que la lucha